

MODOS DE VIDA Y CIUDAD PRELIBERAL MEXICANA

Carlos E. Flores Rodríguez ^I
Raymundo Ramos Delgado ^{II}

Recibido: 06/04/2019

Aceptado: 27/10/2019

RESUMEN

La independencia de la Nueva España implicó, entre otras cosas, la llegada de extranjeros, capitales e ideologías que se extenderían con cierta libertad en un territorio que había permanecido en relativo secretismo durante la férrea sujeción hispánica, lo que supuso un trastocamiento de la vida de las ciudades y, consecuentemente, de la identidad nacional.

En este artículo, con un enfoque de vida cotidiana –materializada en los espacios públicos– se construyen los elementos que posibilitaron su reproducibilidad. Para ello, desde la mirada de los viajeros, se toma como objeto la ciudad de Tepic cuya primacía acontecería, precisamente, en el México preliberal.

Palabras clave: vida cotidiana - espacios públicos - México preliberal - identidad - viajeros

MODOS DE VIDA E CIDADE MEXICANA PRÉ-LIBERAL

RESUMO

A independência da Nova Espanha implicou, além de outras coisas, a chegada de pessoas estrangeiras, capitais e ideologias que iriam-se estender com certa liberdade num território que tinha ficado em relativo sigilo durante o rigoroso jugo hispânico, o que implicou uma alteração da vida nas cidades e, consequentemente, da identidade nacional.

Neste artigo, com foco na vida quotidiana – materializada nos espaços públicos são construídos os elementos que fizeram possível a sua reprodutibilidade. Para o qual, a partir do olhar dos viajantes, é tomado como objeto a cidade de Tepic cuja primazia iri acontecer, justamente no México pré-liberal.

^IUnidad Académica de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nayarit - México - fcarlosg@gmail.com

^{II}Departamento de Arquitectura del Instituto Tecnológico de Tepic - México - sokra72@hotmail.com

Flores Rodríguez, C. y Ramos Delgado, R. (2019). Modos de vida y ciudad preliberal mexicana. *Urbania. Revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades*, 8, 43-63. ISSN 1853-7626/ 2591-5681. Buenos Aires: Arqueocoop Ltda. doi: 10.5281/zenodo.35976987



Palavras-chave: vida cotidiana - espaços públicos - México pré-liberal - identidade - viajantes

WAYS OF LIFE AND PRELIBERAL MEXICAN CITY

ABSTRACT

The independence of New Spain implied, among other things, the arrival of foreigners, capitals, and ideologies that extended with some freedom in a territory that remained relatively secret during the Spanish rule, which disrupted city life and, consequently, national identity.

In this article, from a daily life point of view –materialized in public spaces- we take a look at the elements that enabled its reproduction. For this, from a traveler’s point of view, the scene is the city of Tepic, whose ephemeral primacy takes place, specifically, in pre-liberal Mexico.

Key words: daily life - public spaces - pre-liberal Mexico – identity - travelers

ANTECEDENTES

A diferencia de la ciudad de México, las transformaciones urbanas o de la cotidianidad de las ciudades mexicanas con importancia relativa, carecen de una historiografía de referencia. Tradicionalmente, si ésta se centra en actividades aparentemente banales, o propias de una colectividad o una población sin manifiesta relevancia, el desdén aumenta. La ciudad de Tepic, como muchas otras ciudades mexicanas de origen virreinal, es de este tipo.

En contraparte, y si Heller (1987) tiene razón, para comprender a una sociedad debe estarse en condiciones de entender sus cotidianidades. Al preguntarse cómo perciben o viven sus sujetos históricos se adopta, como dice Escalante Gonzalbo (2012), un enfoque de Vida Cotidiana (VC). Así que su importancia radicaría en que son muestras empíricas de una sociedad; sin embargo, cuando dichas actividades se desarrollan en un significativo momento histórico de un país, y si además tienen lugar en una ciudad que llegaría a ser un referente del mundo occidental de, justamente, ese momento histórico, su importancia aumenta.

La cotidianidad, o VC de una colectividad, es producto de una realidad histórica solo entendible desde un mundo y condiciones concretas. Identificarlas, entonces, conlleva a reconstruir el contexto que las posibilitó. He ahí la primera razón para su estudio. Sus particularidades, en consecuencia, sólo pueden reproducirse mientras haya condiciones para ello. Así que todo cambio contextual, inmediato o no, o bien las modifica, o bien las sustituye. Si la VC se prolongara más allá de ello, y continuara acumulativamente, podría devenir en lo que se conoce como Modo de Vida (MV). Ahora bien, considerando que existe una alta relación entre VC y patrimonio, y entre patrimonio e identidad (Florescano 1997; Núñez Miranda 2014), constituiría la segunda razón para su estudio debido a que el patrimonio, fundamento de toda identidad, alguna vez fue parte de la VC.

Dos elementos son condiciones –y condicionantes– de la VC: temporalidad y espacialidad. En lo primero, Virreinato, Independencia y Posrevolución, bien podrían ser tres grandes épocas que definen lo que hoy se conoce como México. Dentro de ellas, no obstante, suele haber lapsos de transición que pueden ayudar a entenderlas o descubrir la llegada de otras, tal es el caso de la parte temprana de la Independencia, lapso confuso y convulso de algo que ya no era la Nueva España pero que tampoco era México y que, convencionalmente, puede identificarse como la etapa preliberal, la cual transcurre entre la consumación de la Independencia y el advenimiento del liberalismo mexicano personificado en la figura de Benito Juárez.

En lo segundo, los espacios públicos se convierten en escenarios para su reproducción y su conmemoración, elementos que se asocian, además, a la memoria colectiva. Efectivamente, los espacios públicos de una ciudad son depositarios de las memorias de su sociedad y, por lo mismo, germen de identidad. Empero, al estar la memoria en formación constante y abierta al recuerdo de las individualidades, sobresale la espacialidad por su promesa de inalterabilidad y, por ello, propicia para su anclaje. El espacio, y su espacialidad, se convierte así en “testigo de otra época, de las ilusiones de eternidad [y conjuro de la] memoria espontánea [donde se concita] la unanimidad sin unanimismo” (Nora 2008, p.25).

De esta forma, en cada época o lapso, los espacios de una ciudad no solo albergan y condicionan sus actividades, sino que también se acondicionan para tales celebraciones que, a fuerza de reproducibilidad, traspasan en memoria y, eventualmente, en identidad. La calle, las plazas y las plazuelas, serían el inmejorable lugar para el despliegue de, en este caso, las dos principales fuentes que nutrieron la VC post-independentista: 1- las costumbres continuadas de origen virreinal y de tradición conservadora, que incluirían las propuestas surgidas de la ciudad borbónica y; 2- las emergentes de tradición liberal introducidas, esencialmente, por una recién instalada oligarquía extranjera no peninsular.

Reconocer e identificar tales relaciones y atributos, sin embargo, requiere de técnicas historiográficas y una gran dosis de interpretación. Los relatos o literatura de viajeros, en este caso, con su diversidad de discursos y voces, se han convertido en un recurso in visu para observar a los individuos y su cotidianidad en relación con su contexto. Al ser un fenómeno acontecido, estos textos, a manera de historias orales, son una valiosa fuente historiográfica de gran información para entender o reconstruir el pasado de, en el caso mexicano, la idea de lo nacional y sus imaginarios. La riqueza de estos testimoniales es pues una importante herramienta de trabajo etnohistórico y referencial de invaluable valía ante la imposibilidad de observarlos in situ, por lo que siempre es conveniente leerlas en sus múltiples versiones, miradas y espacialidades, ello como materialidad de tales imaginarios. Y eso está bien, aunque entraña una doble condena que es necesario advertir.

La primera refiere a la doble hermenéutica; se está interpretando, más de un siglo después, lo que los testigos interpretaron de una realidad concreta que les era ajena con una mirada, además de ocasional, desde una otredad que asegura etnocentrismo. La segunda alude a su visibilización; y es que la identificación testimonial de tales espacios, cotidianidades y usuarios se posibilitó, como señalará la teoría, porque no están realizados por un nativo, lo que sentencia –ahora– una doble ironía. A saber, que muchas de las fuentes de estudio de

identidad del México provinciano decimonónico provienen de textos escritos por la mirada orientalista de un extranjero que, en la mayoría de las veces, tan solo estuvo de paso, y que ahora al leerlos, se asume el riesgo de transculturalizarse o vindicar una condición de Calibán¹.

MEMORIA E IDENTIDAD. UNA APROXIMACIÓN

Todo individuo está determinado a partir de su interacción con los demás y con su entorno. Tal interacción es tan diversa e inasible como las individualidades de quien la ejerce. La construcción de identidad, y precisamente por ello, se sitúa en el campo de lo simbólico, de esos significantes flotantes que se encuentran a la espera de capitalizarse en un concepto globalizante tan unificador como ideológico. La identidad sería ese conjunto de atributos unificados capaces de reflejar pertenencia con la otredad, la espacialidad o la temporalidad (Cucho 2002; Prada 2012; Zizeck 2003).

Tanto su búsqueda como su construcción se intensifican si existen tres condiciones. 1- la otredad, la identidad es preferentemente definible a partir de las diferencias, algo que se facilita si las realiza un no nativo; 2- la diversidad, debido a que la riqueza es su razón de ser y; 3- las crisis o cambio de sistema, este ambiente sugiere el surgimiento o la necesidad de cualidades identitarias unificadoras, como el nacionalismo. En este último aspecto, para México, la post-independencia y la posrevolución, se presentan como los dos mayores eventos de crisis identitaria reconocible. Soberanía, estado o nación, fueron conceptos sueltos, emergentes y recurrentes que encontrarían refugio en la construcción de una identidad nacional unificadora y, por lo mismo, totalitaria y, por su apremio, provocador de estereotipos y mitos (Bartra 2002, 2005; Hale 1997).

En ese ejercicio la reificación juega un papel primordial. En la construcción de un nacionalismo identitario, dice Savater (1996) que invariablemente se invierte en la concepción de lugares y en la exaltación de expresiones o memoriales del nuevo imaginario. Los lugares, las expresiones y la evocación selectiva participan en la gestión de un patrimonio cuya vocación es “perfilar una identidad nacional” (Florescano 1997, p.18). En ese sentido, Bartra (2005) coincide que la identidad requiere de materializarse, por lo que es común echar mano de diversos elementos, objetos tangibles o espacialidades identificables, siempre que se reconozcan o se declaren comunes. Cada objeto se cosifica como vínculo o elemento depositario de memoria y, precisamente por eso, de identidad (Baudrillard 1969).

Particularmente los lugares son donde mejor se cristaliza la memoria, ése es su mejor ámbito, ahí es donde se arraiga para convertirse en identidad. Así, la identidad se construye, o se define, por la territorialización de los recuerdos, esto es, que todo evento memorable debe ser capaz de describirse, mensurarlo y ubicarlo en un espacio que, a su vez, deba ser capaz –y por esa encarnación simbólica–, de vivirlo, concebirlo y percibirlo (Lefebvre 2013; Nora 2008). En otras palabras, no hay identidad sin memoria, y la memoria, aun siendo una construcción social, requiere dónde acampar, siendo los espacios públicos, y la espacialidad que proporcionan –señaladamente los de sus ciudades–, “los soportes privilegiados de la actividad simbólica [donde se inscriben] las excepciones culturales” (Giménez 2007, p. 121).

En resumen, la colectividad y sus espacios de despliegue son las bases de la VC, misma que se convierte, y por lo mismo, en causa, causante y legitimadora de tales tangibles y tales significantes (Berger y Luckmann 2003; Halbwachs 2004). Por lo que, y particularmente de una sociedad específica, por su “valor de cambio” y prestigio simbólico, será el espacio público de sus ciudades un objeto de deseo de los grupos hegemónicos por su capacidad para (re)teatralizar el poder y (re)semantizar el discurso, así como el inmejorable lugar de arraigo de la VC, categoría indispensable en la construcción, o el descubrimiento, de su memoria e identidad (García 1990).

VIDA COTIDIANA Y MODOS DE VIDA. UN ACERCAMIENTO

Estilo de Vida (EV) o VC, según Juan (2008), estaría definida por cualquier actividad ordinaria no sistematizada o determinada organizacionalmente. Aunque tales actividades se construyen desde las interacciones que se ejercen con los otros o con los objetos, serían primordialmente los espacios públicos los que funcionarían tanto como objeto de interacción como soporte espacial de su reproducibilidad. Por otro lado, la VC –de origen– es individual, o sea, de personalidad. Ésta, y de acuerdo con Heller (1987), se compone de dos “yo”, el sustancial y el fenoménico; siendo el primero el que interactúa desde el utilitarismo, es decir, con un nivel básico de interacción, pero carente de lo que define el segundo, de significación u objetivación.

Desde la psicología del espacio, tal dualidad la retoman Vidal Moranta y Pol Urrutia (2005). Aunque los autores coinciden en resumir la interacción –que asocian con la apropiación– con los espacios por las mismas dos vías (la acción-transformación y la simbólica), también suponen que sería el espacio público donde se ejercería –por ser menos susceptible transformarlo o dejar una marca individual–, la interacción de tipo simbólica, la cual se asocia, según ellos, a situaciones de emotividad, apego o identitarias. Esto nos conduce a una posible contradicción. Pensar que la apropiación como tal solo es posible cuando cumple su modelo dual lo que, precisamente para el caso de espacios públicos, no sería del todo aplicable. No se puede suponer que el despliegue de la VC en lo público es eminentemente simbólico cuando, y de acuerdo también a su propia definición, resulta un estadio alcanzable toda vez que se ejerce la primera vía, la utilitaria.

Buscando dilucidar, Escalante Gonzalbo (2012) propone que la VC puede ser pública o puede ser privada. Esta última, diversa por definición, la denomina EV. En principio, las actividades realizadas en espacios públicos no estarían en el ámbito de lo íntimo, y por lo mismo, estarían fuera de considerarse MV. Pero no siempre es así, ya que existen diversidades íntimas que pueden trasladarse a las relativas generalidades de lo público produciendo, consiguientemente, MV.

Como sea, la VC se produce por relaciones utilitarias o de vivencia (Lindón 2002). Por lo que para que exista la apropiación-interacción sería suficiente hacerlo desde uno de los “yo” o desde cualquier vía. En otras palabras, la VC es una consecuencia del uso-interacción de un sujeto con su realidad histórica materializado en cualquiera de los soportes que Heller (1987) y Núñez Miranda (2014) proponen: instituciones, individuos, valores, cosas o –precisamente–

espacios; por lo que la apropiación sería en realidad una categoría de la VC. Así que una persona se habrá apropiado cuando sea capaz de relacionarse o reproducir continuadas, nuevas, adaptadas o alternas actividades cotidianas en cualquiera de estos elementos de materialización, interacción o simbolización.

En resumen, un MV se nutre de los EV que, ordinariamente, dejarían de serlo cuando transcurren en lo visible y lo público, y con probabilidad de convertirse en rutinarios o realizarse con cierta estabilidad. Gracias a esta visibilidad, regularidad y generalidad colectiva se estaría en posibilidad de reconocer la pertenencia de los individuos a un territorio, a una época, a una realidad histórica o, como asegura Lindón (2002), a una colectividad identitaria reflejada en un MV.

EL TEPIC POSVIRREINAL

Durante la guerra de independencia de la Nueva España, Moreno (1972) precisa que el sistema regional urbano reorganizaría los vínculos económicos entre sus ciudades capitales. Consolidado durante el virreinato, particularmente el sistema viario regional que enlazaba a la metrópoli novohispana (la ciudad de México) con sus dos litorales, según Unikel (1976), se vería afectado tras esta contienda, haciendo que los núcleos portuarios de Veracruz y Acapulco fueran reemplazados por otros secundarios. Bajo esta coyuntura repuntaría San Blas como puerto auxiliar del comercio marítimo por el océano Pacífico.

Este núcleo portuario sería la entrada de una numerosa población de inmigrantes que ayudarían progresivamente a consolidar una actividad económica marítima que, a la postre, consolidaría un eje comercial con la ciudad de Guadalajara. Dentro de la ruta que unía a esta capital con este emergente puerto se encontraba, como paso obligado, Tepic; la cual albergaría, debido a la insalubridad que presentaba San Blas, además de una recién instalada oligarquía, a casi la totalidad del cuerpo de Marina que dirigía este fondeadero, quienes residirían en esta ciudad durante el verano.

La estructura urbana de Tepic consistía en la convencional cuadrícula de origen virreinal comunicada por un sistema viario que la ligaba en sus cuatro puntos cardinales con el exterior. Hasta antes de la Independencia, una garita en cada uno de esos puntos se encargaba de la recaudación por medio de las alcabalas. Las calles, la plaza y un sistema de plazuelas, eran los espacios en que se organizaba la vida colectiva (Figura 1). La proximidad ultramarina que se tenía con el puerto de San Blas, puerta a cualquier parte del mundo de la Corona española, consolidaría su relativa diversidad cultural y ambiente de vida cosmopolita iniciado desde finales del siglo XVIII (Contreras 2017).

A inicios del siglo XIX, Tepic no podía entenderse sin San Blas. Esta relación simbiótica la convertiría en un lugar donde coincidirían, principalmente, peninsulares, sudamericanos, centroamericanos y filipinos. Después de la consumación de la Independencia, el Estado mexicano establecería el libre comercio tratando de abrir su economía al mundo occidental. Bajo este acelerado intercambio mercantil, se reforzaría notablemente este ambiente cosmopolita, propiciado por una inusitada actividad de comerciantes, viajeros y científicos de

otros países. De esta manera Tepic comenzará a ser un referente geográfico para aquellos capitales que tenían planes de hacer negocios en México, lo que provocaría una serie de beneficios económicos que recaerían directamente sobre esta comarca.

Como añadido, para 1852 ya se había instaurado una ruta de diligencias entre los océanos Atlántico y Pacífico tratando de vincular a Europa y Asia a través de México, así como a las dos costas de Estados Unidos por la efervescencia de la Fiebre del Oro californiano (Almonte 1852). La providencial ubicación de esta ciudad, nuevamente, le traería beneficios al ubicarse en la ruta entre Veracruz y San Blas (Figura 2). Así, la primera mitad del siglo XIX, la ciudad de Tepic y el puerto de San Blas, registrarían el mayor tránsito de extranjeros nunca visto en sus más de trescientos años de vida novohispana²

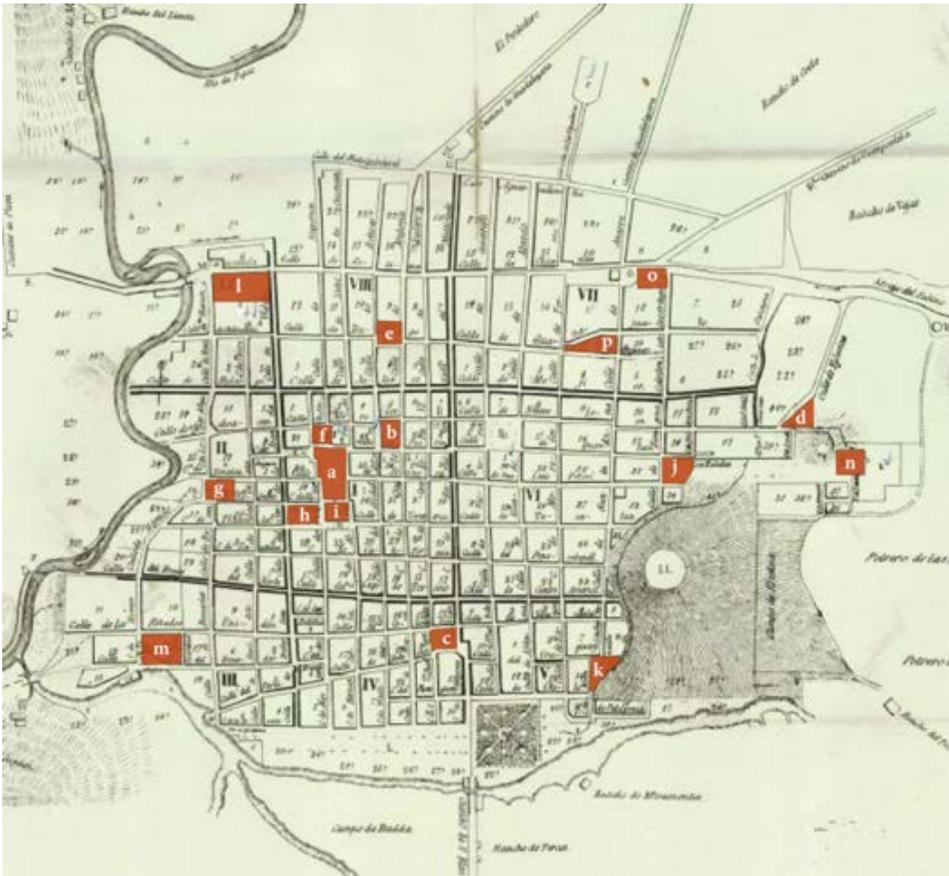


Figura 1. Las plazas y plazuelas del Tepic decimonónico: a. plaza de la Independencia; b. plaza de Hernán Cortes; c. plaza de Iturbide; d. plazuela de Prisciliano Sánchez; e. plaza de Hidalgo; f. plazuela de Cuauhtémoc; g. plazuela de la Paz; h. plaza del Mercado; i. plaza de la Constitución; j. plaza de la Libertad; k. plaza de Cristóbal Colón; l. plaza de Moctezuma; m. plazuela de Europa; n. plazuela de América; o. plazuela de Asia; y p. plazuela del África. Elaboración propia a partir de Bazán y Caravantes (1878).

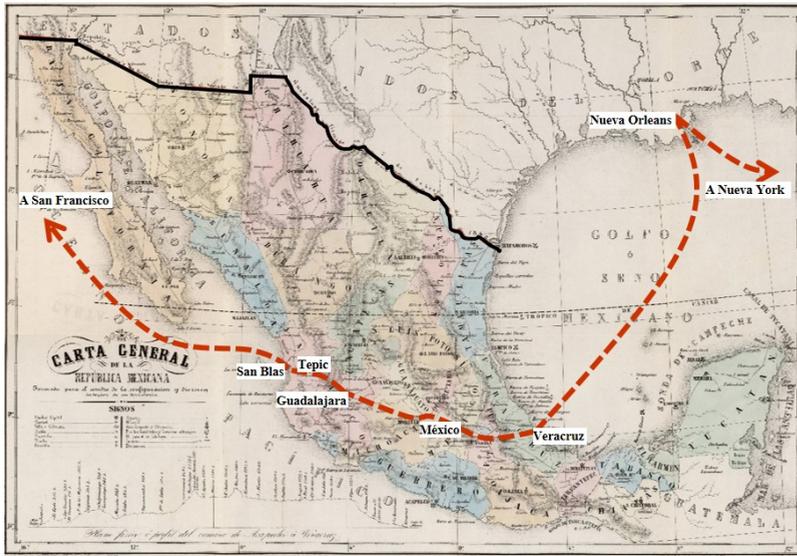


Figura 2. La ruta de atajo entre Nueva York y San Francisco, era utilizada por los viajeros durante la Fiebre del Oro californiano antes de construir la línea transcontinental del ferrocarril estadounidense (Almonte 1852). Elaboración propia a partir de García Cubas (1857).

LOS MV DE TEPIC

Luego de tres siglos, la VC de las ciudades virreinales estaba condicionada por el recato de la religiosidad, el sistema de castas y el centralizado ejercicio de poder de la metrópoli (Perry 1993). Tras abrir las fronteras mexicanas al sistema mundo, el fenómeno de occidentalización de esta avanzada capitalista del norte europeo y americano, comenzaría a integrar las ideologías liberales y de modernidad gestadas principalmente al otro lado del Atlántico.

Particularmente la ciudad de Tepic se componía en su mayoría por artesanos, obreros y campesinos que, como heredad virreinal, vivían en su periferia y, en gran medida, acorde a los MV novohispanos. Vivir, comer y convivir se estratificaba alrededor de esta concepción de clase que, a pesar de la ilustración borbónica, se reflejaba en lo público (Luna 2009). Los espacios públicos se convirtieron en los nuevos lugares de ocio y esparcimiento, como primera evidencia de innovación, transformación y perfeccionamiento de la ideología liberal. Estas singularidades manifestadas en el proceso de asimilación de esta modernidad occidental serían la fuente principal de identidad de esta ciudad.

Las prácticas y los espacios

En el interior de la ciudad, existían varios lugares de convergencia social donde se desarrollaban diversas prácticas como parte de su VC. Esto es lo que comúnmente se denomina espacio público, un territorio que alberga diferentes tipos de interacción social, tanto utilitarias como simbólicas. Dichas actividades se desenvolverían primordialmente en espacios abiertos –calles y plazas–, debido a que por su forma, diseño y materiales tendrían como cualidad un alto grado de plasticidad y adaptabilidad en su empleo.

Tales atributos, consecuentemente, volvería a estos espacios y sus actividades, vulnerables y visibles; por lo que no es extraño que sean los viajeros quienes, al referirlos y apuntarlos, los identifiquen recurrentemente en su afán de describir –o entender– una cotidianidad que les era ajena. Sus relatos visibilizan la adaptación, temporal y espacial, de varias y variadas prácticas, particularmente con el despliegue de mercados, ritos religiosos, conmemoraciones patrias, tomas de plaza militares o el ocio baladí.

Mercados

Por tradición virreinal, el lugar de comercio de productos de primera necesidad para los habitantes de una ciudad era la plaza principal y los portales que se encontraban alrededor de ella. Regularmente se hacía uso de este espacio abierto para instalar, en días determinados, puestos de venta temporales, los cuales eran hechos con palos y mantas para proteger del deterioro, debido a la luz del sol, a frutas, verduras, aves, pescados, carne de animales y enseres cotidianos. La mayor parte de dichos tenderetes se organizaban en la plaza central de la ciudad de acuerdo con las mercancías que vendían, tratando de que no se contaminaran y corrompieran entre ellos:

El mercado me ofreció un espectáculo interesante; ella [la plaza] estaba llena de indios que, de los pueblos vecinos, vienen a traer comida de todo tipo, aves, carne, pescado, magnificas frutas tropicales que están arregladas artísticamente en pirámides, flores admirables por su brillantez y frescura; todo esto encanta a los ojos y anuncia al mismo tiempo, una tierra fértil, productiva, y una población activa y laboriosa (Lafond de Lurcy 1844, p. 51).

A poca distancia de la plaza se halla el mercado, que está superabundantemente surtido de pescado, fruta, vegetales, etc. Los puestos están generalmente bajo toldo de forma circular, algunos tienen casillas, y las escenas que este sitio ofrece por la mañana, son de las más animadas que puede imaginarse (Calvo 1845, p. 362).

Tres portales y el frente de la iglesia forman el cuadro de esta plaza, en que también hay mercado los domingos. Hay otro mercado razonable en una plazuela y algunos portales en el centro de la ciudad (Veytia 2000, p. 21).

Todos los domingos en Tepic hay un buen mercado, y la gente viene, en un sábado por la noche, trayendo frutas, verduras y otras cosas vendibles de todos los alrededores del pueblo. Hay, además, un mercado menor siempre en acción, donde hay grandes cantidades de granos y frijoles que están a diario disponibles para vender. El suministro de verduras es grande, y muy variada en calidad. Yo no conozco ni la mitad de los nombres que les dieron. (...). La ansiedad de conseguir un buen lugar en la Plaza para el mercado del domingo es generalmente tan grande, que todo hombre y mujer ocupan una posición durante la noche, se enrollan a sí mismos en sus sarapes y rebozos, y duermen tan profundamente como si estuvieran en casa (Forbes 1851, pp. 137-138).

Hay alguna animación alrededor del mercado, donde mis facciones de proveedor me llamaban sin cesar. Bajo cobertizos de madera, parecidos a los que acaban de demolerse

enfrente de San Eustaquio en París, se hallan reunidos los productos de las dos zonas: frutas y legumbres; poco pescado, porque la pesca está bastante abandonada en estos mares; poca caza también, por más que abunda en los inmediatos bosques y no esté prohibida; vaca, carnero, tocino: he aquí la carne. La vaca valía un real. Criada en libertad y en un estado medio salvaje, este animal tiene una carne dura, correosa, y después de todo mal desangrada: así que los ricos y los extranjeros, no comen más que la lengua; el resto es destrozado para el consumo sin distinción de personas (Vigneaux 1982, pp. 33-34).

Al borde de las avenidas de la plaza pública de Tepic, estos mercaderes campesinos extienden sus diversos productos sobre esteras tejidas de una especie de tule. Allí se sientan, a veces en un taburete, a veces sobre la madre tierra, al parecer indiferentes al tipo de asiento, y contemplan a los transeúntes con miradas a un tiempo solícitas y anhelantes, como para acuciarlos y encadenarlos allí hasta haberlos despojado de su dinero con “santos propósitos” (Wheat 1994, p. 66).

(...) como en todas las otras ciudades de México, [la plaza es utilizada] como un mercado de frutas, y los domingos y otros días festivos presenta una apariencia más atractiva, como los rancheros y los indios agachados bajo sombrillas gigantes, rodeados por montones de frutas deliciosas y muy coloridas (Warren 1859, p. 234).

Religiosidad y carnavales

La iglesia, primordialmente durante los días de guardar y ciertas fiestas religiosas, no sólo conservó el cobro del derecho de piso del espacio público, sino también una serie de ritos de la fe católica que se habían consolidado desde el virreinato. Algunas liturgias tenían tanta concurrencia, como la misa de Noche Buena o de Gallo y la de Pascua o de Resurrección, que era imposible contenerla en la nave de los templos, por lo que usualmente los fieles usaban su atrio, o en su defecto la plaza inmediata a su acceso principal. En otras ocasiones, por la solemnidad de la eucaristía o por tener una gran concurrencia, algunas de estas celebraciones litúrgicas se trasladaban del recinto cerrado a espacios abiertos de la ciudad.

Dentro de estas ceremonias religiosas se encontraban las procesiones de Corpus Christi (jueves posterior a la solemnidad de la Santísima Trinidad); la de Nuestra Señora de los Dolores (segundo domingo del mes de junio), que desde el 19 de junio de 1795 –por ser patrona de los temporales de la ciudad– se conmemoraba anualmente con misa, sermón y rosario en la tarde por las calles; y por supuesto, los días de carnaval (tres días antes del miércoles de ceniza e inicio de la cuaresma), una de las celebraciones más esperadas en el año por la sociedad tepiqueña:

He notado que generalmente es el domingo por la mañana el día y la hora que escogen los peones mexicanos para llevar sus productos a vender al mercado. Es razonable pensar que el venerable y piadoso clero no pone objeciones a ello pues le significa poder cobrar pequeños estipendios a cambio de perdonar los pecados a estos pobres mercaderes, [lo cual] es una política inventada por el clero para asegurarse la ganancia de esos pequeños estipendios. Porque, si el mercado fuera algún otro día, probablemente no serían tan

respetados ni abiertos los hambrientos cofres de la iglesia para recibir el oro de la hermosa Anáhuac (Wheat 1994, p. 65-66).

La religión en Tepic es de muchas creencias, y la asistencia a misa los domingos es muy buena. En el día de Corpus Christi tuvimos una gran procesión, la Sagrada Hostia es llevada completamente alrededor de la plaza [principal], acompañada por todos los sacerdotes de la zona, el Ayuntamiento, y de todas las personas con autoridad. Las tiendas y casas [de alrededor] de la plaza [principal] estaban colgadas con seda y telas multicolores; crucifijos e imágenes están dispersas abundantemente a lo largo de la línea de la procesión. Donde quiera que fuera necesario al salir de la sombra de los portales, fueron distribuidos toldos sobre las calles, y los caminos se mantuvieron constantemente regados de agua. Un gran despliegue de fuegos artificiales se llevó a cabo en la Plaza, y la pólvora se gastó con esplendor. Todos los nativos por supuesto se arrodillaron mientras la procesión pasaba (...) (Forbes 1851, p. 154-155).

En estos días, y particularmente el último, Tepic es una ciudad de locos y payasos. Desde que oscurece comienza el movimiento que no cesa en toda la noche. Centenares de personas de ambos sexos (de la clase baja) recorren las calles con grande alboroto y gritería, con sus caras enharinadas y cantando en discordantes coros al son de un tamboril o pandero la tonada de los papaquis (...) De aquí siguen regularmente los bailes que duran hasta el amanecer y en los que, animados de la alegría más desordenada y cubiertos con sus antifaces caras de harina, cometen las mayores locuras. Hasta el martes me había escapado de caer en manos de las untadoras, pero esta misma noche estábamos parados Ignacio y yo en la puerta de una tienda, a donde solíamos concurrir en unión de otros tapatíos a oír tocar y cantar a un joven truhan que nos divertía con sus canciones, cuando la tempestad tronó sobre nosotros (Veytia 2000, p. 23-24).

Tepic estaba recobrando fuerzas para el gran estallido del día siguiente –nuestro martes de carnaval o su Festividad del Divino Rostro–, (...). En una de estas visitas domiciliarias, al atravesar la plaza del mercado, se abrieron las puertas de la iglesia y salió el padre con el "viático". En presencia de la hostia, todo el grupo cayó de rodillas y permaneció así hasta que pasó la procesión sacerdotal. Segundos después la fiesta se reanudó. En la noche se llevó a cabo el baile de la harina. Fue un espectáculo muy curioso ver a los caballeros y a las damas vestidos de blanco y armados con bolsas de harina y huevos de colores (Bullock citado en Murià y Peregrina 1992, p. 210-212).

Conmemoraciones, desfiles y tomas de plaza

Simultáneamente, el naciente Estado mexicano usaría esos espacios para conmemorar fechas significativas de batallas, de héroes, así como de algunas alegorías del naciente imaginario nacionalista. De la misma manera que la Iglesia tenía su anuario de festividades, el gobierno construiría el suyo con el objeto de equilibrar simbólicamente la conciencia de la sociedad. En este sentido, el uso de los espacios públicos por parte de las instituciones gubernamentales se volcaría en el reconocimiento a estos hechos por medio de fiestas, desfiles y honores cuyo propósito sería la gradual construcción de un nacionalismo

territorializado desde la apropiación –en franca competencia con la Iglesia– por dicho espacio público.

A raíz de la consumación de la independencia de la Nueva España, desde el 19 de junio de 1821, el Ayuntamiento de Tepic sostuvo una serie de reuniones entre autoridades administrativas, militares, eclesiásticas y civiles para adherirse al Plan de Iguala³. Pero no será hasta el 25 de julio cuando se ratifique con carácter público el juramento de la Independencia. Los festejos incluyeron un acto religioso que terminaría con un himno de acción de gracias y un gran convite ciudadano sobre la plaza. Después de esta festividad, y desde entonces, Tepic celebraría cada año su independencia sincréticamente:

Tuve la suerte de asistir durante mi estancia a un baile de disfraces y a otras fiestas dadas en honor a la declaración de la independencia mexicana. En esa ocasión se había levantado en la plaza principal un castillo que representaba a San Juan de Ulúa y un navío de guerra francés, todo de cartón y lleno de cohetes y fuegos de artificio que una tormenta que se aproximaba obligó a encender antes de que se hiciera de noche (Löwenstern 2012, p. 214).

Posteriormente, a mediados del siglo XIX, como preludeo de la guerra de Reforma, pasaría el ejército de Ignacio Comonfort por la ciudad, para lo cual se haría un acto cívico entre los ciudadanos:

Todos los edificios públicos y muchos de los privados de la ciudad se iluminaron; –se encendieron hogueras, y la plaza principal se iluminó muy bien y por ella pasearon los alegres, los inteligentes, los jubilados (...).

Al día siguiente los comandantes oficiales en Tepic llamaron a todas las fuerzas militares a reunirse en la Plaza de Armas con el propósito de pasar revista y después marchar por toda la ciudad en desfile general. (...).

Jamás había contemplado una masa tan abigarrada, heterogénea y variopinta, un grupo de hombres más dejado de la mano de Dios que esta banda de patriotas mexicanos, (...) (Wheat 1994, p. 64).

En el mismo tenor, por la década de los años sesenta del siglo XIX, Tepic fue varias veces tomada por distintos ejércitos conservadores, liberales y lozadistas. En este escenario de constante beligerancia, los habitantes vivían el espacio urbano con temor a las batallas que tenían por objeto atacar o defender la ciudad. Durante las diversas tomas de plaza de Tepic, que en este caso significa literalmente ocupar –simbólicamente o a la fuerza– su plaza principal, ésta sufriría daños considerables debido a los intercambios de municiones entre las artillerías combatientes:

El parapeto de adobe sobre el cual ahora nos recargábamos, había sido construido por órdenes de Lozada; quien logró defender a Tepic de un ataque de Rojas –el asesino que anteriormente era el gran defensor de la causa juarista en todo el Occidente de México–. Es imposible adivinar cuántas veces Tepic había sido atacado y robado por una y otra de las facciones contendientes, pero es penosamente evidente, por el estado lamentable de ruinas por todos lados, que el pueblo ha sufrido más de lo que le corresponde (Bullock citado en Murià y Peregrina 1992, pp. 184-185).

Esparcimiento y cotidianidad

También se advertirá en Tepic un incremento de los espacios dedicados a la recreación. Una heterogeneidad de actividades lúdicas con carácter de reposo, distracción, pasatiempo, juego y espectáculo comenzarían a transitar progresivamente al espacio público. En particular se hacían carreras de caballos, a diferentes distancias, sobre los espacios abiertos que se encontraban en las periferias de la ciudad, y que simultáneamente eran usados como lugares de ocio, esparcimiento e, incluso, impartición de justicia:

Las carreras de caballos es otra de las atracciones en la que los rancheros vecinos se satisfacen en gran medida, y muchos dólares se perdieron y ganaron en el colorado o el tordillo. Este deporte se llevaba a cabo en el Llano [actual parque de La Loma], donde una pista de buen nivel de unas doscientas yardas fue hecha para esto. Los caballos mexicanos nunca corren más lejos que esto; ellos se montan con el respaldado desnudo, el jinete carga con la menor ropa posible. Ellos van muy rápido, pero rara vez tienen tiempo para adquirir su máxima velocidad antes de que se gane la carrera (Forbes 1851, p. 167).

Conviviendo con las fiestas religiosas y las novedosas fiestas patrias, se encontraban aquellas realizadas por entidades ajenas a la Iglesia y al Estado. Un ejemplo de ello sería la feria comercial de Tepic, una festividad muy esperada por la ciudadanía por sus pretensiones de diversión. Si bien dicha feria se realizaba sobre la plaza principal, ésta, de manera similar a las festividades religiosas, se desbordaba sobre las calles, con la excepción de que aquí transitaba el alcohol y las apuestas:

La feria anual de Tepic estaba en marcha durante nuestra visita, pero no era más que una escena de libertinaje; la plaza pública, como la de Mazatlán, se llena con cada artificio conocido para apostar; ruedas, cartas, dados, paños de colores, etc.; y las mesas se extendían en riquezas desde pequeños capitales de cinco monedas de cobre, donde niños y mendigos intentaban fortuna, hasta aquellas en las que ancianos y apostadores podían apostar oro (Wood 1849, p. 355).

Mientras yo estaba en Tepic la feria anual se llevó a cabo, la cual duró una semana o más. Esta fue conducida al igual que las ferias de Inglaterra. Puestos de todo tipo se erigieron en la Plaza, sobre todo para los juegos de azar y la bebida, el pequeño real negocio se está haciendo. En el centro de estos puestos se establecieron dos inmensos tirovivos, y durante la noche, toda la gente de la ciudad tomó el aire en estas rotondas. Incluso los miembros respetables del Ayuntamiento, con sus esposas e hijas, se sentaron en la caja giratoria, y viajaron durante media hora, sin mover un músculo de su cara, o mostrar de alguna forma que la disfrutaban. La gran diversión de la feria, sin embargo, fueron las loterías, que contenía todo lo de la casa o de uso doméstico, y siempre se llena durante la noche con jugadores ansiosos. Los puestos de baile tuvieron su parte del entretenimiento, y el tintineo de las guitarras y el traqueteo de las tarimas se escucharon por toda la plaza [principal] (Forbes 1851, pp. 152-153).

La vida cotidiana de la sociedad tepiqueña en la primera mitad del siglo XIX se expresaría en un sinfín de actividades. Estas cotidianidades se definirían de acuerdo con el

aprovechamiento o condicionamiento de los elementos naturales –como la luz del día–, al criterio de densificación de las labores y al establecimiento de sus relaciones sociales:

Al mediodía nadie se aventuraba afuera de sus casas; pero a las tres y media o cuatro, cuando empezaba a refrescar, se formaban grupos para salir a cabalgar a dar un paseo. Al anochecer en todas las casas se estaba presto a recibir visitas, pero en general había una o dos, más a moda que el resto, a las que como cosa común se invitaba a los forasteros, y estos podían estar seguros de encontrarse en compañía agradable. Los hombres de negocios en general iban a sus despachos en la mañana temprano. Las señoras se hacían visibles más o menos a las diez y era común que recibiesen visitas en el cuarto principal. La una era la hora de la comida, y de dos hasta las tres y media o cuatro, todo el mundo se echaba su siesta; las calles a esa hora se hallaban literalmente desiertas (Hall citado en Murià y Peregrina 1992, p. 16).

El día siguiente era domingo. En Tepic, durante la semana, los comerciantes están en sus escritorios o en sus tiendas, los funcionarios en sus oficinas, los trabajadores en sus talleres; pero en este país ortodoxo el domingo es cuidadosamente santificado. Por la mañana, la ciudad toma un aire de fiesta; o los habitantes van a caminar por las calles en sus mejores galas, regresan de una misa que devotamente han escuchado por la mañana, a causa al calor; luego van de puerta en puerta a visitar a sus amigos; al mediodía se van a casa, y cenan a una hora (Lafond de Lurcy 1844, p. 51).

Los habitantes de Tepic están casi todo el día dedicados a sus diversas ocupaciones, que siempre me parecían que en su mayoría consistían, en la parte más caliente de la misma, a dormir, [ya que] todos los postigos [de las ventanas] estaban cuidadosamente cerrados. A medida que el día avanza hacia la tarde, las personas comienzan a aparecer en las calles, y por la tarde la población está afuera de las puertas. El Paseo [actual parque Juan Escutia] está lleno de los carruajes que hay en la ciudad, y aquellos que no lo tienen pasean por la Alameda; o las damas, en caso de impedimento para caminar, llevan sus sillas a la acera en frente de sus casas, y se sientan allí, o en las ventanas, hasta que oscurece. Nosotros siempre íbamos a la Máquina [fábrica de Jauja], y pasábamos un tiempo fresco agradable, entre las seis y siete de la mañana, en su delicioso jardín. A las siete se hace la oración, cuando suena la campana de la iglesia por un minuto o dos, durante el cual toda la población se quita el sombrero y dicen una breve plegaria, como lo hacen también a las doce en punto de la tarde. La noche está ocupada, cuando no está el teatro al aire libre, por una tertulia, es decir, un conjunto de señoras en una u otra de las casas, donde se sientan durante horas, por lo general dispuestos en un círculo, y no hacen más que hablar (Forbes 1851, pp. 160-161).

Por último, la periferia de Tepic servía también para otros propósitos. El corresponsal en México de un semanario neoyorquino, relataba en diciembre de 1859 la ejecución de un ciudadano americano (Figura 3):

En síntesis, fue declarado prisionero en Guadalajara; pero a mitad del camino fue traído de regreso, y de nuevo arrojado a prisión. Sus amigos redoblaron sus esfuerzos para obtener su libertad, o al menos un juicio justo. Se les aseguró por oficiales de alto rango de

las fuerzas clericales, según testimonios confiables, que “lo peor que sufriría Chase era que lo expulsaran del país”. Al considerar la sentencia injusta, lucharon por evitarla, pero estaban menos preocupados que la primera vez que lo encarcelaron. El lector, por lo tanto, puede imaginar el horror y sorpresa de los amigos del pobre Chase cuando, la mañana del pasado 7 de agosto, se enteraron de que Chase había sido fusilado, y que su cuerpo había sido colgado de la rama de un árbol en los límites de la ciudad. Durante la noche a Márquez se le ordenó, a su regreso de Guadalajara, “fusilar a Chase, y colgarlo por veinticuatro horas, *¡como ejemplo a los extranjeros!*” (*An American* 3/12/1859, p. 770).

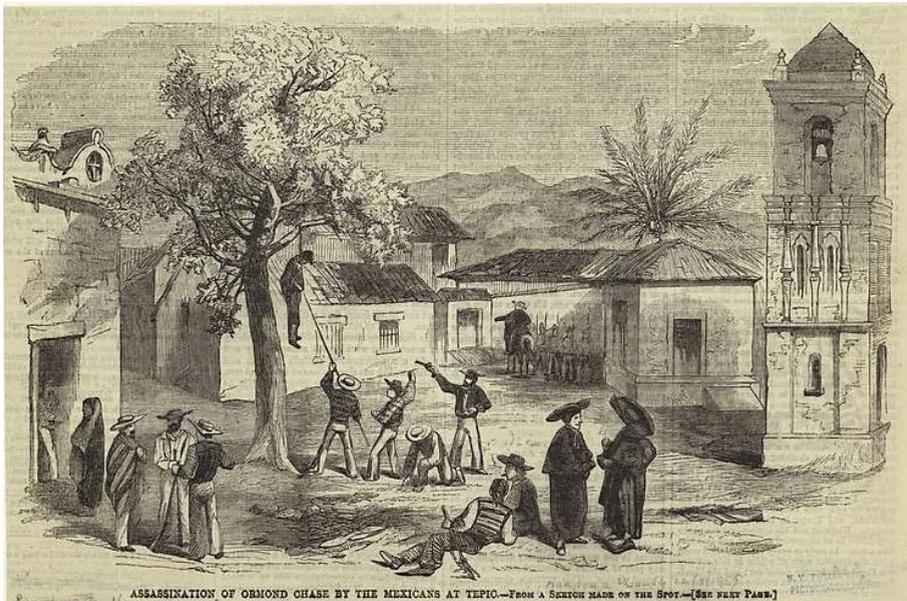


Figura 3. “Asesinato de Ormond Chase por los mexicanos en Tepic. De un boceto hecho en el acto”. (*Harper’s Weekly. A journal of civilization.* 3 de diciembre de 1859, pp. 769-770).

CONSIDERACIONES FINALES. LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD

La reconstrucción económica, política, social y cultural del incipiente Estado mexicano, condujo a que las ciudades postcoloniales contuvieran una yuxtaposición ideológica. Las formas de pensamiento, como signo de los tiempos, se manifestaron en el espacio urbano público. Sin embargo, su apropiación atravesaría por un periodo de (re)significación de todo aquello que le daba sentido a la VC (y por consecuencia al MV) hasta ahora conocida.

Si se piensa que la ideología urbana emergente establecería los nuevos referentes simbólicos, desplazando las costumbres virreinales, no hay certeza en ello. Si la modificación de los MV depende, por un lado, del grado de apropiación de sus habitantes, y por otro, que los espacios de reproducibilidad sean el lugar obligado y común de la sociedad –lo que está vinculado al número de espacios públicos y su centralidad–, en Tepic ambas condiciones existieron, no obstante, lejos de producir una súbita sustitución de estos MV, se manifestó una

transición que dialectalmente ayudó al reforzamiento –y a su vez reflejaría su carácter– de monocentralidad. Es decir, fue tanto causa como causante.

Así, el espacio público preliberal se tornaría dual. A pesar de las rupturas producidas en la primera mitad del siglo XIX entre la Iglesia y el Estado, y aunque la condición de súbditos se trasladó a la de ciudadanos, los viejos MV prevalecieron. De esta forma, el sentido de apropiación de dichos espacios, donde se despliegan las actividades colectivas, sería el escenario de esta reconfiguración que se caracterizaría por la convivencia del histórico simbolismo eclesiástico, con la reciente ideología nacional cuyas pretensiones homogeneizantes se manifestaban en un discurso de unificación cultural y de identidad nacional.

Pero el espacio también condiciona. La sola interacción de la VC produce apropiación de sus soportes. El espacio público es el lugar de y para la colectividad, es donde se restauran, organizan o construyen las identidades. Lo público y su apropiación es espejo de la época, de la segunda condición de la VC: el tiempo. Su apropiación, su intensidad, en cualquiera de las dos vías o desde cualquier “yo”, es proporcional a su importancia, a su centralidad. Comercio, religiosidad, justicia y ocio, son actividades que se desenvuelven con la soltura que provee la calidad de lo público. Empero, contrariamente a la teoría, al ser público, no los exime de la apropiación utilitaria, de la que modifica o marca individualmente el espacio. Aquí es posible construir efímeramente reiterados puestos ambulantes o, auspiciado por el fandango, convivir entre iguales momentáneos, o levantar ruedos de toros o ejercitarse militarmente. Aquí, el viatico católico obliga a descubrirse e hincarse bajo el sol a parroquianos embebidos en el carnaval pagano, y luego, improvisar un patíbulo para ahorcar, como mensaje de escarmiento, a emergentes enemigos. Es el mismo espacio, es la misma gente, es un mismo tiempo, las actividades son las diversas, son las mismas y a la vez son las nuevas.

Se está construyendo la primera condición de la centralidad espacial liberal, que es pública y abierta. La centralidad se relaciona con este espacio colectivo, referido a plazas y calles que ya no tiene límites espaciales ni de utilización. Es el tiempo origen de la identidad, de la acumulación simbólica, de lo que hoy conocemos como patrimonio. De espacios que eran la totalidad de la ciudad y que ahora es el Centro Histórico y, solo por ello, base de una tercera razón para su aprecio. La apropiación utilitaria y simbólica decimonónica, sentó los fundamentos de identidad local y, por extensión, la nacional. A pesar de existir una serie de lugares públicos y abiertos, la centralidad recayó en donde históricamente había estado, reforzando su carácter monocéntrico que, a su vez, habla de una ciudad compacta y, en términos funcionales, de un modelo centro-periferia como organizador del espacio.

Tampoco hay conflicto de VC. Hay sincretismo, zona de contacto, de hibridación, de transculturación, de macla de significantes flotantes y no flotantes. Las usanzas tradicionales de convivencia pervivirían en un proceso continuo de hibridación en todos los ámbitos. El espacio es conciliador, es democratizador. Es ese artificio que conecta la aún vigente cultura hispánica con la naciente simbología mexicana que, solo por eso, es base de contraste para entender la presente cultura posrevolucionaria y antipositivista. Por lo que no es unívoca ni homogénea. Así como no hay límites entre calles y plazas, tampoco –en ciertos momentos– hay distinguos entre hombres y mujeres, y menos aún, entre las clases sociales. Hay reunión

entre iguales, no de súbditos ni de castas, no importa si es momentánea, y de ahí su lucha, su búsqueda, su control.

La disputa por el espacio público aparece, precisamente, porque no es cualquier espacio, sino aquel con centralidad, que otorga igualdad y al mismo tiempo teatraliza el discurso. El derecho a la ciudad, su disputa, aquí inicia temporal y espacialmente. La dualidad de la apropiación es posible pero no condición. El tiempo se convierte en lugar. Aquí se forja la ahora ciudad vieja, la fundacional, la histórica, la de la periferia incipiente, la de las VC nacies, donde las dos versiones de apropiación se despliegan, pero es la simbólica-ideológica, manifestado contradictoriamente en su lucha desde lo utilitario, la que más se refleja. Así, la cotidianidad deja de ser íntima y la calle un espacio para las individualidades. Inicia su uso masivo para la teatralización. El nuevo orden social sería caracterizado por la colectivización de la cosa pública, signo inequívoco que la ciudad provinciana se ha vuelto moderna, se ha vuelto nación.

NOTAS

¹ Tomado de la literatura de Shakespeare, las ciencias sociales la utilizan, desde el discurso del etnocentrismo, como figura que representa lo incivilizado o salvaje, lo bárbaro u oriental, lo inculto o incapaz (Rosenzvit 2017; Wallerstein 2007).

² Tan sólo de 1825 a 1828 se cuantificó la llegada de 47 embarcaciones extranjeras con fines comerciales -particularmente dedicados a la exportación de metales preciosos-, la mayoría provenientes del continente americano y europeo (Contreras 2011; Ibarra Bellon 1998). Resultado de lo anterior, de 1822 a 1873 se establecerían por lo menos 25 extranjeros, entre ingleses, franceses, alemanes, norteamericanos y españoles que, consecuentemente, convertirían a San Blas y Tepic, además de ciudades cosmopolitas, en referentes geográficos del hemisferio occidental (Flores Rodríguez y Ramos Delgado 2018; Ramos Delgado 2016).

³ Se trata del documento proclamado el 24 de febrero de 1821 por Agustín de Iturbide que declaraba a este territorio novohispano como libre y soberano, a la religión católica como única, y la igualdad entre clases sociales para mantener los mismos derechos entre los individuos -las "Tres Garantías": independencia, religión y unión- (Villoro 2000).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Almonte, J. N. (1852). *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*. México: Imprenta de Cumplido. Recuperado de http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012473/1080012473_MA.PDF

Bartra, R. (2002). Crisis cultural e identidad en la condición posmexicana. En J. Martín-Barbero (coord.). *Imaginario de nación. Pensar en medio de la tormenta* (pp. 93-105). Bogotá: Ministerio de Cultura.

Bartra, R. (2005). *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México: de Bolsillo.

- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Contreras, M. (2011). *Historia breve de Nayarit* (2da. ed.). México: El Colegio de México y FCE.
- Contreras, M. (2017). *La inversión privada en la comarca tepiqueña, 1821-1871*. México: UNAM.
- Cuche, D. (2002). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Escalante Gonzalbo, P. (coord.). (2012). *Historia de la vida cotidiana en México. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España* (t. I). México: FCE.
- Flores Rodríguez, C. y Ramos Delgado, R. (comp.). (2018). *Entre espías, fanfarrones y voyeurs. Relatos para viajeros por la región del Tepic prerrevolucionario*. México: MA Porrúa y UAN.
- Florescano, E. (1997). El patrimonio nacional. Valores, usos, estudio y difusión. En Florescano, E. (coord.). *El patrimonio nacional de México* (vol. I, pp. 15-27). México: CONACULTA y FCE.
- García, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: CONACULTA.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hale, C. (1997). Los mitos políticos de la nación mexicana: el liberalismo y la Revolución. *Historia Mexicana*, 46(4), 821-837. Recuperado de <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2459/2819>
- Heller, A. (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Ibarra Bellon, A. (1998). *El comercio y el poder en México, 1821-1864. La lucha por las fuentes financieras entre el Estado central y las regiones*. México: FCE y Universidad de Guadalajara.
- Juan, S. (2008). Un enfoque socio-antropológico sobre la vida cotidiana: automatismos, rutinas y elecciones. *Espacio Abierto*, 17(3), 431-454. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12217304>
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lindón, A. (2002). La construcción social del territorio y los modos de vida en la periferia metropolitana. *Territorios*, 7, 27-41. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35700703>
- Löwenstern, I. (2012). *México. Memorias de un viajero*. México: FCE.
- Luna, P. (2009). Vivir, comer y convivir en Tepic durante el siglo XIX. *Encuentros*, 5(3), 7-22.

- Moreno, A. (1972). Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910. *Historia de México*, 2(22), 160-187. Recuperado de <http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2926/0>
- Murià, J. M. y Peregrina, A. (1992). *Viajeros anglosajones por Jalisco siglo XIX*. México: CONACULTA e INAH.
- Nora, P. (2008). *Los lugares de la memoria*. Montevideo: Trilce.
- Núñez Miranda, B. (2014). El patrimonio y las dimensiones de lo social. En Núñez Miranda, B. y Peregrina, A. (coords.). *Patrimonio y modos de vida* (pp. 15-19). Guadalajara: El Colegio de Jalisco.
- Perry, J. (1993). *La audiencia de la Nueva Galicia en el siglo XVI: estudio sobre el gobierno colonial español*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Prada, M. de (2012). *Arte, arquitectura y mimesis*. Buenos Aires: Nabuco.
- Ramos Delgado, R. (2016). *La conformación del espacio urbano de Tepic como capital del Séptimo Cantón de Jalisco* (tesis de doctorado). UAN, Tepic, Nayarit.
- Rosenzvit, D. (2017). La dialéctica de Calibán: pensamientos descolonizantes para la cuestión negra en América Latina. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, (57), 61-77. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=509/50950468005>
- Savater, F. (1996). *El mito nacionalista*. Madrid: Alianza.
- Unikel, L. (1976). *El desarrollo urbano de México: diagnóstico e implicaciones futuras*. México: El Colegio de México.
- Veytia, J. (2000). *Viaje a la Alta California. 1849-1850*. México: INAH.
- Vidal Moranta, T. y Pol Urrutia, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 36(3), 281-297. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=97017406003>
- Vigneaux, E. (1982). *Viaje a México*. México: SEP-FCE.
- Villoro, L. (2000). La revolución de Independencia. En VV. AA. *Historia general de México. Versión 2000* (pp.489-523). México: El Colegio de México.
- Wallerstein, I. (2007). *Impensar la Ciencias Sociales*. México: Siglo XXI.
- Wheat, M. (1994). *Cartas de viaje por el occidente de México*. Guadalajara: Lotería Nacional y El Colegio de Jalisco.
- Zizeck, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

FUENTES HISTÓRICAS ÉDITAS E INÉDITAS

An American. (3/12/1859). Assassination of an American citizen in México. *Harper's Weekly. A journal of civilization*, 153 (III), 769-770. (Trad. Flores Rodríguez, S.). Recuperado de <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015027985541&view=1up&seq=731>

Bazán y Caravantes, A. de (1878). *Plano de la ciudad de Tepic* [mapa]. Sin escala. 42 x 56 cm. Recuperado de <http://w2.siap.sagarpa.gob.mx/mapoteca/mapas/867-OYB-7235-A.jpg>

Calvo, V. (1845) "Tepic". *Semanario Pintoresco Español*, X (46):361-363. Recuperado de <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0003122775&search=&lang=es>

Forbes, A. C. (1851). *A trip to México or recollections of ten-months' ramble in 1849-50* (trad. Martínez Vega, N. S.). Londres: Smith, Elder & Co. Cornhill. Recuperado de <https://archive.org/details/atriptomexicoor00forbgoog>

García Cubas, A. (1857). *Carta General de la República Mexicana: formada para el estudio de la configuración y división interior de su territorio* [mapa]. Sin escala. 35 x 40 cm. Recuperado de <https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/detail/RUMSEY~8~1~272478~90046284>

Lafond de Lurcy, G. P. (1844) *Voyages autour du monde. Naufrages célèbres. Voyages dans les Amériques par le capitaine G. Lafond* (trad. Ramos Delgado, R.). Paris: Administration de Libraire. Recuperado de <https://archive.org/details/voyagesautourdu00lurcgoog>

Warren, T. R. (1859). *Dust and foam; or, three oceans and two continents; being ten years' wandering in México, South America, Sandwich Islands, The East and West Indies, China, Philippines, Australia and Polynesia* (trad. Ramos Delgado, R.). Nueva York y Londres: Charles Scribner y Sampson Law, Son & Co. Recuperado de <https://archive.org/details/dustandfoamorth00warrgoog>

Wood, W. M. (1849). *Wandering sketches of people and things in South America, Polynesian California, and other places visited, during a cruise on board of the U.S. Ships Levant, Portsmouth, and Savannah* (trad. Ramos Delgado, R.). Filadelfia: Carey and Heart. Recuperado de <https://archive.org/details/wanderingsketch01woodgoog>

LOS AUTORES

Carlos E. Flores Rodríguez

Arquitecto con estudios de Maestría en Ciencias de la Arquitectura por la Universidad de Guadalajara, México. Es Doctor en Periferias Sostenibilidad y Vitalidad Urbana por la Universidad Politécnica de Madrid, España. Ha sido becario por el CONACYT. A partir del 2010 es Profesor Profesor con Perfil PROMEP, y desde el 2013 es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del mismo CONACYT.

Posee experiencia en docencia a nivel licenciatura, maestría y doctorado, así como en la evaluación y elaboración de programas académicos de grado y posgrado. Ha sido miembro del Comité Nacional de la Acreditadora Nacional de Programas de arquitectura y disciplinas del espacio habitable A.C.; forma parte del Núcleo Académico Básico del Doctorado en Ciencias Sociales de la UAN, y es miembro del Registro Nacional de Evaluadores Acreditados del CONACYT, de la Red Iberoamericana sobre Imaginarios y representaciones y de la Red Temática Internacional: Gobernanza Metropolitana.

Ha realizado diversas investigaciones que tienen que ver con estudios sobre la arquitectura y la ciudad; producto de ello, además de ponencias en Congresos Internacionales y nacionales, ha publicado en diversas revistas especializadas del país y el extranjero, así como libros colectivos y de autoría única. Conjuntamente es dictaminador de proyectos, protocolos, libros y artículos de revistas especializadas del país y del extranjero.

Raymundo Ramos Delgado

Es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de Nayarit. Estudió la Maestría en Restauración de Sitios y Monumentos por la Universidad de Guanajuato y Arquitectura en el Instituto Tecnológico de Tepic. Fue becario del PECDA-CONACULTA. Desde el presente año es Candidato a Investigador Nacional del Sistema Nacional de Investigadores SNI-CONACYT.

Es docente a nivel licenciatura en el Instituto Tecnológico de Tepic y labora para el Departamento de Desarrollo Urbano de la Secretaría de Obras Públicas del Estado de Nayarit. Tanto en lo público como en lo privado, ha participado en proyectos y obras de restauración, catalogación de bienes muebles e inmuebles, además de Planes de Conservación de Centros Históricos en el estado de Nayarit.

Ha realizado diversos artículos de divulgación, libros, capítulos de libros y plataformas digitales, en autoría y coautoría, concernientes al estudio de la historia urbana del siglo XIX en la comarca tepiqueña. En el presente realiza distintas investigaciones de la historiografía del espacio público, imaginarios en el paisaje urbano, geografía de las festividades y gobernanza en el centro histórico de Tepic.